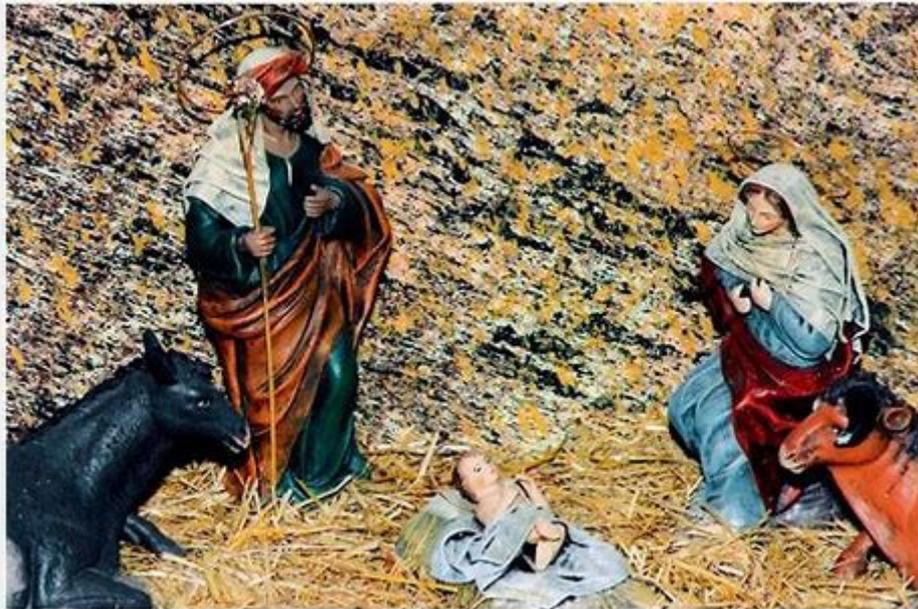


MI NAVIDAD EN LA NIÑEZ



María vive en una casa de campo entre almendros, higueras, naranjos y pequeños huertos sembrados de legumbres y hortalizas donde cada casa o cortijo dispone además de una era para la trilla que le da una imagen bucólica, María vive feliz junto a sus padres y hermanas.

La luz del quinqué denota con su mecha que es hora de ir a la cama. En un pequeño dormitorio junto al de sus padres duerme con sus dos hermanas y como es habitual y cotidiano antes de dormir hablan sobre lo acontecido durante el día hasta caer en brazos de Morfeo.

Enclavada en la montaña, la casita es de gruesas paredes de piedra y adobe, muy bien encalada, trabajo este de encalar propio de todas las primaveras.

Con su pijama de pajaritos y tapada casi hasta la cabeza, María escucha la lluvia caer sobre los techos de launa de su casa, tan típicos de las construcciones de la Baja y Alta Alpujarra, cuando por la mañana despierta observa que se ha retirado la lluvia y puede ver el sol brillar a través de la cortina de la ventana y oír el cantar de los pagarillos.

Es sábado y esto le permite levantarse un poquito más tarde, desde la cocina llega el dulce olor a pan recién hecho por su madre en el horno casero, después cortado, tostado y untado con aceite y miel acompañado con una taza de leche caliente, buena y nutritiva forma de empezar el día.

Después de un buen desayuno las amigas esperan para jugar, la escarcha aun permanece en las umbrías, es invierno y el frio se hace presente.

Cuando los medios económicos no permiten demasiadas alegrías el ingenio equilibra esta circunstancia y con una simple piedra para jugar a la rayuela o una cuerda para saltar a la comba se ocupan los ratos de ocio.

Llega el medio día y nos vamos a almorzar con una ilusión muy grande porque por la tarde vamos a divertirnos y a pasarlo muy bien cumpliendo además con la tradición cristiana de poner el Belén, colocando cada figurita entorno al establo.

El comedor, cerca de la chimenea que da calor a la casa y también donde se cocina, es sin duda el mejor sitio para calentarse y poner el Belén.

Sobre una mesa con un mantel blanco vamos a ir colocando todas las piezas que guardamos en una cajita. Ponemos al niño Jesús en el pesebre, la Virgen María a un lado y San José al otro, muy cerca la mula y el buey, el pastor en el prado con sus ovejas y junto al río los Reyes Magos cruzando por un pequeño puente guiados por la Estrella Polar o Estrella Divina, el río tiene sus piedrecitas y el verde de la hierba se lo hacemos con musgo buscado entre los árboles que hace que para nosotras quede precioso.

Con estos bonitos quehaceres que acompañamos con villancicos, “ los peces en el río, campana sobre campana, hacia Belén va una burra ring ring, etc.”, se va la tarde.

Imborrables y entrañables recuerdos de nuestra niñez en el calor del hogar, la felicidad de esos momentos es tanta que no pides nada más.

Las reuniones de vecinos, más aún en estas fechas y en estos barrios pequeños donde las casas estaban siempre abiertas eran más familiares que vecinales.

Las zambombas, los mantecados, el anís, los villancicos y después para cenar chocolate hasta que el quinqué nuevamente anunciaba la hora de ir a dormir.

MARÍA